



Maria Pallarès Sans

---

## Tus silencios, Maria

Hoy, Maria, quiero hablar de tus silencios.  
De tus silencios llenos de mensajes.  
De tus silencios valientes.  
De tus silencios llenos de amor.  
De tus silencios por los demás.  
Sin palabras ¡Nos has dicho tanto y tantas veces!  
Por eso hoy quiero hablar de tus silencios.

Recuerdo el Libro cuando dice: "... y María guardaba esas cosas en su corazón...".  
Tu las guardabas para evitar que los demás sufriéramos más. Tú te guardabas los momentos más duros.  
Eras un poco egoísta, nos querías evitar el compartir contigo los dolores físicos y los más agudos todavía : los anímicos.  
Tus momentos bajos te los guardabas.  
Y aún tenías fuerza para animarnos a los demás cuando nos veías hundidos.

Tú has sido nuestro faro, sin sonido, pero con luz.  
La luz de tu mirada nos guiaba en el camino de la lucha.  
La luz de tu sonrisa nos empujaba a apretujarnos entre nosotros a tu alrededor.  
Todos encontramos el camino de unimos más y olvidar las distancias gracias a tu luz.  
Creo, incluso, que conseguiste que todos nuestros corazones latieran al unísono.  
Y eso sólo lo puede conseguir un amor tan grande como el tuyo.  
Gracias. Cada uno de nosotros te tenemos que dar las gracias porque conseguiste sacar de nuestro interior tantas cosas buenas que aún teníamos y que habíamos olvidado o incluso pensábamos que las habíamos perdido. Gracias.

Hay que reconocer que nos pasamos un montón.  
Jamás en un hospital, y mucho menos en una UCI, se vivió como tú hiciste que viviéramos.  
Tu habitación era como la de un niño el día de su cumpleaños.  
Si quedaba un trozo de pared vacío, tú ponías el corazón.  
La ventana, desde la calle se veían los corazones en el cristal como si quisieras gritar a la gente que pasaba que detrás de ese ventanal se quería y que les mandabas un mensaje de amor.

Recuerdo, al principio, la cara de sorpresa de la médico de guardia –que no entendía nada de lo que hacíamos y cómo lo hacíamos- cuando le dije que sabíamos la gravedad de la enfermedad, que no éramos unos inconscientes, que nuestra alegría se debía al cariño, que igual que reíamos, sufríamos y llorábamos pero siempre unidos y juntos, muy juntos, y que así seguiríamos aunque ocurriera



Maria Pallarès Sans

---

lo peor. Porque era lo que tú querías, lo que tu nos habías enseñado... y ni podíamos, ni debíamos, ni queríamos defraudarte.

Deseo creer que me comprendió, y pienso que diste una lección de amor en el dolor, de entrega en el sufrir, de resignación ante la traidora enfermedad.

Yo quiero hablar de tus silencios conmigo.

Por mi situación laboral tuve la inmensa suerte de poder estar a tu lado mucho tiempo, de poder compartir tantos momentos distintos contigo.

Esas noches que dedicabas a cada uno de nosotros, los dos solos, con las manos unidas, haciendo un auténtico ágape (hace poco que descubrí que “ágape” significa amor) y hablándonos como dicen en Lorca “a bonico” (tiene muchos sentidos, pero todos maravillosos –despacio, suave, con dulzura, e voz baja donde la voz se hace música-).

Entonces, cuando podías aprovechar que soy médico, no me preguntabas nada de la enfermedad, no querías que sufriera, aunque compartíamos en silencio la evolución.

No era necesario hablar.

En la profundidad del silencio se abrazan nuestros gritos.

Silencio.

¡Cuántas veces lo rompemos para no decir nada!

¡Cuántas veces el silencio habla más que mil discursos!

Huimos del silencio porque pensamos que no habla, que no tiene palabras.

Tal vez nos dé miedo ya que el silencio nos lleva a meternos en nosotros mismos y creemos no encontrar nada o al menos nada que merezca la pena.

Es posible que si educáramos nuestros silencios, si supiéramos escucharlos nos sorprenderían, nos descubrirían que aún tenemos algo dentro que tiene sentido, un valor.

Tus silencios lo tenían.

Todos podemos dar fe de ello.

Tus silencios nos han ayudado a encontrar los nuestros, meternos sin miedo en lo más profundo de nosotros, más buenos ahora que el ser bueno parece que da vergüenza.

Ahora nos da vergüenza mirarnos a la cara y decirnos que nos queremos.

Abrazarnos en silencio.

Un apretón de manos, una mirada, una caricia... en silencio.

En silencio, tal vez porque no hay palabras suficientes para decir tanto.

Tu tío,

Alfonso Pallarés

Madrid, septiembre de 2004